

mos al instante.... allí habrá más luz.... lo quiero, lo necesito!

—¡Oh, Dios mio! exclamó la pobre niña, que, asombrada con aquella desventura, no habia oido siquiera las dolorosas reticencias de su hermano, ni sus augurios de desgracia; ¡oh, pobre hermano mio! ¡Ciego!

—¡Conque es verdad! ¡Conque estoy ciego! gritó Diego. Y no pudiendo ya dudar ante la terrible evidencia, se desplomó en un sillón, sin color y sin voz.

XII.

PROYECTOS DE ENLACE.

Al entrar Julia en casa de su amiga Mme. Merval, se encontró con un espectáculo tan extraño, que bastó á distraerla de su profunda tristeza.

El padre de Clemencia, sentado junto á la ventana, lloraba: á su lado habia una mesita, y sobre ella servido el almuerzo, que nadie habia tocado aún.

Al lado de aquél estaba su amigo D. Fernando, el probo y severo anciano, causa inocente de los suicidios de Amanda y de su padre.

Al otro lado de la ventana, Clemencia sonreia con una dulce expresion de paz y tranquilidad.

Era una cosa tan extraña el ver alegre á la hija cuando el padre estaba triste, que Julia se detuvo maravillada.

—¡Gracias al cielo que tengo quien abogue por mi causa! exclamó Clemencia al ver á Mme. Blanford; acércate, Julia, y escucha con atencion.

La jóven se sentó al lado de su amiga; ésta continuó:

—Has de saber que ya no quiero irme á América, como mi padre y yo habiamos determinado.

— ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! exclamó Julia alzando al cielo los ojos con expresion de vivísima gratitud; ¡cuánto lloraba ya tu ausencia ántes de que empezára!

— Y ademas, has de saber que me caso.

— ¡Que te casas!

— Sí.

— ¡Tú casarte!

— Sí. ¿Qué tiene eso de extraño?

— Mil veces me has dicho que no pensabas hacerlo jamas.

— ¿Quién no cambia de ideas alguna vez? Yo he cambiado ahora, y me caso.

— Pero ¿con quién?

— Con D. Fernando.

Clemencia dijo estas palabras mirando al viejo amigo de su padre. Julia le miró tambien con aire estupefacto.

Parecia no poderse persuadir de lo que estaba oyendo.

— Ese es un sacrificio que ni mi amigo ni yo podemos aceptar, dijo con una gravedad dolorosa el elegido; Clemencia ha tomado esa noble decision por libertar á su padre de la miseria y para recompensarme así la proteccion que le tengo ofrecida.

— ¡Sacrificio! ¿Llama V. sacrificio, amigo mio, á ser la esposa de un hombre honrado? respondió alegremente la jóven; yo no amaré á ningun hombre de la tierra, porque me basta el recuerdo de Luis; ¿no vale más que hagamos una proteccion para mí del afecto grave y tierno que yo profeso á V., de mi gratitud á su bondad, y á la amistad que profesa á mi padre, y de la ternura paternal con que me honra?

— Pero, hija mia, exclamó el viejo veterano; ¿olvidas que mi amigo tiene sesenta años y tú veinticuatro?

— De modo, padre mio, que á tí te parecia preferible Mr. Picard, hijo, para esposo mio, á este digno anciano?

— Mr. Aquiles Picard cuenta sólo veinticinco años.

— ¡Y la cabeza más vacía de la tierra! ¿Podria amarte y respetarte como tú mereces y yo quiero que lo seas? ¿Podria yo estimarle y mirarle como mi compañero de peregrinacion en este valle de lágrimas? ¿Podria pedirle consejos, ni esperar de él fortaleza y confianza? ¿Podria protegerme, y hacerme respetar como yo á mi vez merezco serlo? ¿O es acaso que tu buen juicio se ha ofuscado hasta el extremo de creer que la juventud es la mayor y la más apreciable de las ventajas?

— Podrias encontrar otro marido jóven tambien, y más digno, más estimable que ese Mr. Picard, dijo don Fernando; jamas sabria yo aconsejarte que unieses tu suerte al hijo de un usurero, que es por su parte un ente ridículo; pero hay muchos jóvenes de mérito que se juzgarian mil veces dichosos si les otorgáras tu mano; un escritor, por ejemplo.... ¿No sabes el afan que todos los escritores tienen por conocerte?

— ¡Oh! exclamó Clemencia mirando á su amigo; ¡un marido de mi profesion! ¡Jamás!

— Pero ¿por qué?

— Porque si yo valia ménos que él, la dependencia natural seria más dura para mí; entónces se uniria á ella la de la discípula torpe y amedrentada.

— ¿Y si tú valieses mucho más que él?

— ¡Entónces tanto peor, porque me envidiaría!

Una gruesa lágrima, que se deslizó de los ojos de Julia, fué la única aseveracion que estas palabras obtuvieron.

—Pero, exclamó Clemencia alegremente, ¿no es cosa que pasma el que yo esté implorando un esposo, y que este esposo me rechace con tal inhumanidad? ¿Tan fea soy, tan necia, tan despreciable?

Los dos ancianos abrieron la boca para responder, protestando de aquellas preguntas encantadoras, pero la jóven no les permitió hablar.

—¡Callad! les dijo; he llamado á Julia para que sea juez de esta causa, y debo enterarla de todo; óyeme tú, querida mia.

Figúrate que desde la ruin salida de Picard, que dijo que ya no queria mi novela porque yo no accedia á casarme con su hijo, yo no sabía qué hacer: he andado dos mañanas todo París, y he estado en casa de muchos librereros editores; pero basta que se les vaya á decir que si quieren, para que digan que no, aunque rabien por decir que sí. Hay ademas una aventurera por acá, que se titula marquesa para embaucar á los necios, y que escribe muchos disparates, que le imprimen por darse lustre con su título imaginario. París es la tierra de la farsa.

En todas partes me respondian que tenian imprimiendo una obra de la marquesa T..... pues has de saber que, entre sus muchos disparates, hay algo con sentido comun, porque busca siempre amantes literatos, que le escriben cosas que ella firma, y ademas ellos son los que la recomiendan á los librereros. Es el caso que á los dos dias

me he vuelto á casa medio muerta de cansancio, llorosa, desolada, al pensar que no podia dar pan á mi padre más que durante muy poco tiempo: fuí al taller para donde hemos trabajado mi pobre madre y yo, y me respondió la directora:

—Querida mia, he buscado ya todas las manos que me hacen falta; tengo mi personal completo; no se puede al mismo tiempo escribir lindas novelas y hacer lindos gorros; pero aquello debe producir á V. más que esto, y por lo mismo, en vez de dirigirse á mí, debe V. dirigirse á los librereros.

Conocí que aquella mujer se burlaba cruelmente de mí, ofendida de que hubiese dejado el dedal por la pluma, y me retiré lastimada y más desconsolada de lo que habia ido.

No veia más remedio posible que efectuar nuestro proyectado viaje á América; pero exponer á mi padre, á su edad, á los peligros de una tan larga navegacion, me aterraba.

Llegué á mi casa ayer noche tan dolorida y desanimada, que me resigné, sin embargo, á emprenderla.

Mi padre se habia dormido en su sillón: jamas olvidaré la expresion de profunda pena que habia impresa en su venerable semblante, y que, cuando el sueño no le hacía traicion, velaba bajo una engañadora sonrisa: yo me dejé caer en un asiento y empecé á llorar.

Así nos encontró nuestro vecino, quien me preguntó la causa de mi pena: se la referí con todos sus detalles, y me dijo:

—Hija mia, siento no tener veinte años ménos.

— ¿Por qué? le pregunté yo.

— Porque tal vez entonces podrias casarte conmigo, si no con amor, sin repugnancia al ménos : ése sería el solo medio de prestarte un amparo legítimo y poderoso, un amparo que tú no podrias rehusar, como ahora rehusas mi dinero.

— Amigo mio, le respondí, suplico á V. que me deje reflexionar esta noche en esas nobles palabras.

No he dormido, prosiguió Clemencia, pero he orado mucho : he rogado á Dios que me ilumine, y he oido una voz que me decia :

— Sé la esposa de ese honrado anciano ; acompaña su soledad, y haz su dicha y la de tu padre.

Así, pues, cuando me levanté le esperé con ansia, y así que llegó le ofrecí mi mano : si la rechaza, tendré paciencia y me diré que valgo ménos de lo que pensaba.

— ¡No la rechazo, no, querida mia! exclamó don Fernando tomando la mano de la jóven ; la quiero como el mayor bien que Dios pudiera darme : vendrás á alegrar mi soledad y á derramar en ella la luz de tu virtud y de tu talento ; pero no creas que yo abusaré jamas de mis derechos de esposo : tendrás dos padres en vez de uno, porque no es de otra clase el lazo con que yo trato de unirte á mí!

— Ya no tengo que pedirte parecer, mi querida Julia, dijo Clemencia con una alegría sincera y natural ; sólo tengo que preguntarte : ¿apruebas mi segundo casamiento?

— ¡Oh, sí! exclamó la artista ; hallo tan noble el ofrecer esa proteccion sagrada como el aceptarla ; y yo

sé, Clemencia, que no habrá esposo más respetado y querido que el tuyo.

— ¿Con que, me habeis derrotado? exclamó el veterano, radiante de gozo ; es la primera vez de mi vida, y ya sólo me toca preguntar humildemente : — ¿cuándo es la boda?

— Lo más pronto posible, respondió D. Fernando ; y el mismo dia marcharemos á Madrid : no quiero este país, donde hay marquesas de pega, para que brille la gloria de mi mujer : allí estaremos ménos adelantados, seremos ménos cultos, pero rendimos más homenaje á la verdad : allí el que vale vale, y los farsantes llevan al cabo su merecido : allí la mujer honrada no se confunde con la que no lo es : España es un país poco cómico, pero sincero, apreciador de lo bueno, de lo sano, de lo justo : los libros de mi Clemencia deben escribirse, imprimirse y expenderse en España, porque son sanos, sencillos y útiles : es decir, lo que deben ser para que los lean las jóvenes y las madres : sólo una mujer buena sabe escribir buenos libros : á España, pues, donde las mujeres buenas y los buenos libros son estimados en lo que valen.

— ¡Viva España! gritó con entusiasmo el viejo soldado.

— Pronto iré á reunirme contigo, dijo Julia estrechando la mano de su amiga. Diego quiere tambien que nos vayamos á establecer á Madrid.

— ¡Qué dicha si nos fuéramos todos á un tiempo! exclamó Clemencia.

— ¿Y por qué no? repuso D. Fernando ; vamos á ver los dos, querida Julia, si podemos convencer á Mr. Blan-

fort, y nos marchamos á la mayor brevedad posible: estoy rabiando por que mi mujer acabe *El Alma enferma*, para imprimirla con lujo nunca visto y adornada con primorosas láminas, que harán aquí: para algo han de ser buenos los franceses: esa edicion y todas las que se sigan las regalaremos á los amigos.

— Esa edicion, mi querido futuro, repuso Clemencia, se venderá para los pobres.

— Harás lo que tú quieras, respondió D. Fernando; trabajarás cuando te acomode, y tu gloria y la de Julia volarán por todo el mundo: yo os lo prometo, pobres niñas, tan desgraciadas hasta hoy; pero vamos, Julia, á ver si decidimos á su esposo de V. á que partamos todos juntos.

Julia abrazó á su amiga, estrechó la mano de su padre, y salió con D. Fernando para ir á su casa.

Su corazón latía de gozo: ¡iba á volver á su patria, á su querida patria! ¡Sólo el que ha llorado amarguras en tierra extraña sabe lo que esta palabra significa! ¡Y Julia había llorado tantas, que ya no tenían lágrimas sus ojos, en la edad en que sólo debían tener sonrisas!

XIII.

A V I S O .

Julia y su viejo amigo llegaron pronto á la calle de Elder: durante el trayecto, las dulces palabras de don Fernando abrieron á la pobre jóven el horizonte de un porvenir ménos lúgubre.

— Es preciso trabajar, hija mia, le dijo: esa dolorosa inaccion en que V. deja su talento ofende á Dios, que se lo ha concedido como un gran beneficio.

— ¡Ay! murmuró Julia, ¡no sabe V. cuán amargos sinsabores me ha causado! Sólo deseo no acordarme de que existe: mis fuerzas están exhaustas, y en vano he esperado que el éxito de ese cuadro tan celebrado me animase á pintar otro: no hay en mí aliento ni valor.

— ¡Y qué, hija mia! ¿hay acaso gloria sin martirio? Cada artista tiene en su arte una especie de religion, á la cual necesita sacrificarse y ofrecerse como holocausto: ésa es su suerte, y aunque se quejan de ella, ninguno la trocaría por la más brillante fortuna: ¡feliz V. si no tuviera otras penas que las que su carrera le ocasionára, porque para éstas no le faltaría resignacion!

A este tiempo, una soberbia carretela azul, tirada